

# EL RINCÓN DE LOS CUENTOS DE HADAS: LA BRUJA Y EL GIGANTE OGRO

**Xabier Susperregui Gutiérrez**

**H**ace varios siglos, aquí donde pisáis, habitaba un gigante ogro que de tanto comer, no paraba de crecer. Además, obligaba a la gente del pueblo a que fueran ellos quienes le proporcionasen sus manjares. Así, aquella pobre gente apenas tenía algo que llevarse a la boca.

Pero el apetito del ogro seguía creciendo; hasta el punto de que en cierta ocasión amenazó con empezar a zamparse a los niños más pequeños del lugar. Lo intentaron todo; pero ni el párroco rezando, ni los magos con su magia. Nada causaba efecto y ya no les quedaba tiempo.

Alguien propuso una última opción; acudir a donde María Zozaya, la más famosa de entre las brujas de Errenteria. Pero nadie se atrevía a ir. Todos los que eran preguntados o bien se ponían de pronto enfermos o encontraban una excusa difícil de creer. Finalmente aparecieron los voluntarios: una niña y un niño, los más pequeños del lugar; así que les dejaron partir ya que de no hacerlo, ellos hubiesen sido de cualquier manera los primeros en ser comidos.

Les bastó con contar a la bruja lo que ocurría, para que ella les prometiese hacer todo lo posible por ayudarles. Partieron los tres tan deprisa, que en un abrir y cerrar de ojos, para asombro de los dos pequeños, ya se encontraron delante del gigante ogro. La bruja le preguntó qué podrían hacer para que no se comiese a los niños; pero él no deseaba otra cosa que saciar su hambre.

Entonces a María Zozaya se le ocurrió la idea de intentar hacer un trato. Si ella lograba traerle tanta comida que el ogro no fuera capaz de terminarla, éste debería, a partir de entonces, empezar a comer como las personas normales y no más. Si por el contrario lo lograba, ella misma sería su postre. Al oír aquello, coincidieron las lágrimas de los niños con las carcajadas del gigante que alegre aceptó el trato.

Al llegar al pueblo, la bruja pidió que le entregaran todo cuanto tuvieran de comer, que apenas alcanzaba la media docena de kilos. Ante el asombro de todos, en vez de dirigirse a donde el ogro, cogió una servilleta y se zampó hasta la última miga de pan, casi sin pestañear. Todos creyeron que la pobre, con tanta fiesta en Zugarramurdi, ya había perdido el juicio.



Cuando llegaron junto al gigante, la bruja pidió un plato para llenarlo de manjares. El ogro reía y reía, no podía dejar de hacerlo. María Zozaya se alejó; apareciendo poco después con un plato a rebosar de mierda, con un poco de perejil encima, mientras decía: “rico, rico, rico”

El gigante no podía creerse lo que sus ojos estaban viendo; la bruja le había engañado. Hizo un último esfuerzo por ganar la apuesta, pero a mitad de menú se le quedaron pegados los dientes. Aquel día cogió tal manía a la comida, que a partir de entonces tuvieron que engañarle para que no muriese de hambre.

Desde entonces aquella niña y aquel niño visitaron cada día a la bruja que les salvó la vida.

